

Italia rodearía su autoridad espiritual. Personalmente, Pío IX comprendía este lenguaje; su corazón de patriota italiano, sus instintos relativamente liberales le decían que había en esto un noble papel que desempeñar; pero una camarilla, inspirada por el cardenal Antonelli, le asustaba con el recuerdo de las tempestades políticas que había sufrido y perturbaba su conciencia con escrúpulos místicos.

No había de tener Cavour la dicha de ver acabada su obra. Para celebrar el triunfo de la causa nacional, el ministerio decidió que, el dos de Junio de mil ochocientos sesenta y uno, se celebraría en todo el reino, hasta en las más apartadas aldeas, una gran fiesta, durante la que el rey distribuiría las banderas á las tropas de la guarnición. En medio del general regocijo, circuló una noticia alarmante: que Cavour no asistía á la fiesta por hallarse enfermo. Los prodigiosos esfuerzos que hiciera en los dos últimos años, sus trabajos y emociones, superiores á las fuerzas humanas, habían gastado antes de tiempo sus energías, muriendo de fiebre perniciosa el seis de Junio de mil ochocientos sesenta y uno. El dolor en Italia fué inmenso; la impresión en Europa, profunda. La reunión de los miembros esparcidos de Italia en un sólo cuerpo, en un Estado que, si incompleto aún, contaba ya veintidós millones de almas, y el ingreso de este nuevo Estado entre las grandes potencias europeas, tal era la obra colosal del insigne patricio, el acontecimiento internacional más importante de Europa desde el reparto de Polonia. Y esta obra había sido fundada con tal solidez, que, sin embargo de ser Cavour de las personas insustituibles, había de sostenerse y llegar en breve tiempo á su fin y término.

El Emperador de los franceses, no queriendo agravar las dificultades que la muerte de Cavour había de causar al gobierno de Víctor Manuel, se apresuró á reconocer el nuevo reino italiano, aceptado ya por Inglaterra; envió á Turín, de ministro plenipotenciario, al conde Benedetti, partidario resuelto de la unidad italiana, y poco después, ayudó al gobierno sardo á reprimir en las provincias napolitanas el bandolerismo borbónico, que alimentaban desde Roma Francisco II y el Papa. Ricasoli, sucesor de Cavour en el ministerio, halló enérgico apoyo para con el Papa en el embajador de Francia, La Valette, que, el once de Enero de mil ochocientos sesenta y dos, recibió de su gobierno el encargo de proponer á la Santa Sede, «sin renunciar formalmente sus derechos, aceptar de hecho transacciones, que devolverían la calma al seno de la Iglesia Católica y asociarían al Papado al triunfo del patriotismo italiano». El secretario de Estado, Antonelli, contestó que, hallándose garantido el carácter indivisible del territorio pontificio por el juramento de los papas y de los cardenales, ni Pío IX, ni ninguno de sus sucesores de siglo en siglo, podía aceptar transacción de ninguna especie». Este *non-possumus* provocó en Italia intensa agitación; el partido revolucionario se lanzó á la calle; el comité nacional del *Provedimento* anunció manifestaciones amenazadoras; Garibaldi parecía estar á punto de salir otra vez á campaña. Á todo esto, el gobierno no adoptaba medida alguna



ITALIA. ÚLTIMA BATALLA DE GARIBALDI CONTRA LAS TROPAS DEL PAPA

J. Felipe C. Rojas Madrid

contra los alborotadores, por lo que el gabinete de las Tullerías dejó de sostener á Ricasoli, el cual hubo de ceder el puesto á Rattazzi en Mayo de mil ochocientos sesenta y dos. El nuevo ministerio reprimió con mano fuerte los tumultos, y Napoleón, considerando como un deber ayudarle á resolver el problema de la Santa Sede, envió á su representante en Roma, La Valette, el encargo de proponer á la corte pontificia un *modus vivendi*, sobre estas bases: mantener en Italia el *statu quo* territorial; que el Papa, sin renunciar á sus derechos, dejaría de ejercerlos fuera del patrimonio de San Pedro; reanudar las relaciones entre Roma y Turín; que las potencias católicas se pondrían de acuerdo para proveer al Papa de una lista civil conveniente, y, por último, que las potencias le afianzarían la posesión de Roma y del territorio que le quedase, á cambio de dotar á sus súbditos de reformas en consonancia con el espíritu moderno. El intratable Antonelli contestó otra vez con una seca negativa, y al mismo tiempo, Pío IX, en alocución dirigida el diez de Julio de mil ochocientos sesenta y dos á más de doscientos cincuenta obispos, preludiaba los anatemas que había de lanzar dos años después contra todos los principios de la revolución. Estas destemplanzas surtieron el efecto de estrechar más y más la alianza de Napoleón con el gabinete de Turín, al que proporcionó aquél, en el mismo mes de Julio, el reconocimiento de Rusia y, poco después, el de Prusia.

Esta excelente posición que el nuevo reino de Italia se había conquistado, fué de repente amenazada de grave peligro por la ligereza de Garibaldi, que el trece de Julio desembarcaba en Sicilia y dirigía un llamamiento á los voluntarios, diciéndoles: «Vosotros habéis acudido con la sonrisa en los labios, la alegría en el alma, al banquete de las batallas; vosotros habéis sentido la vergüenza que la ocupación de Roma imprime en vuestras frentes y queréis borrarla». No había podido consolarse el heroico patriota de haber sido detenido el año anterior camino de Roma, y no haber podido llevar al rey de Italia hasta el Capitolio. Hombre de acción, acostumbrado á arrastrar á su paso masas entusiastas y llenas de fe, Garibaldi no comprendía las temporizaciones diplomáticas de Rattazzi. Víctor Manuel se hizo cargo de todo el peligro que entrañaba la situación, y con ser muy grande el afecto y la gratitud que sentía por Garibaldi, el deber le ordenaba sobreponer los intereses de Italia á sus afecciones personales. El bravo guerrillero atravesó Sicilia, pasó el Estrecho y, en Aspromonte, se encontró con las tropas reales, unos dos mil hombres, que mandaba Pallavicino. Comprendiendo ambas partes que no debía correr la sangre entre defensores de la misma causa, Pallavicino y Garibaldi habían dado orden de no hacer fuego; pero, sin saberse por qué ni de dónde, disparos suenan, unos cuantos caen, Garibaldi se precipita entre los combatientes gritando cesar el fuego, y de repente se le ve caer herido de una bala. Ofrecióse entonces una escena conmovedora: todos, bersaglieros y garibaldinos, corrieron llorando á levantar al general. Garibaldi fué